

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El viento en los sauces: Las aventuras de Sapo (8/12)

Cuando Sapo se encontró inmerso en un calabozo húmedo y ruidoso, y supo que toda la sombría oscuridad de una fortaleza medieval se interponía entre él y el mundo exterior de sol y carreteras bien asfaltadas donde últimamente había sido tan feliz, divirtiéndose como si hubiera comprado todas las carreteras de Inglaterra, se arrojó de lleno al suelo, derramó amargas lágrimas y se abandonó a una oscura desesperación. —Este es el fin de todo —dijo—, al menos es el fin de la carrera de Sapo, que es lo mismo; Sapo popular y apuesto, rico y hospitalario; ¡Sapo tan libre, descuidado y desenvuelto! ¿Cómo puedo esperar que me dejen libre otra vez? Que me hayan encarcelado tan justamente por robar un coche tan bonito de una manera tan audaz, y por una desfachatez tan escabrosa e imaginativa, otorgada a tal número de policías gordos y con la cara roja —sus sollozos lo ahogaron—. Estúpido animal que fui, ahora debo languidecer en este calabozo, hasta que la gente que se enorgullecía de decir que me conocía haya olvidado el mismísimo nombre de Sapo. ¡Oh, viejo Tejón sabio! ¡Astuta e inteligente Rata y sensato Topo! Qué juicios tan acertados, qué conocimiento de los hombres y de los asuntos poseen. Sapo infeliz y abandonado.

Con lamentos como estos pasó los días y las noches durante varias semanas, negándose a comer o a tomar ligeros refrigerios intermedios, aunque el sombrío y anciano carcelero, sabiendo que los bolsillos de Sapo estaban bien llenos, le indicaba con frecuencia que muchas comodidades, e incluso lujos, podían ser enviados desde el exterior, a un precio convenido.

El carcelero tenía una hija, una muchacha agradable y de buen corazón, que ayudaba a su padre en las tareas más livianas de su puesto. Era particularmente aficionada a los animales y, además de su canario, cuya jaula colgaba de un clavo en la maciza pared de la torre durante el día, para gran disgusto de los prisioneros que disfrutaban de una siesta después de la cena, y que por la noche estaba envuelta en un tapete sobre la mesa del salón, tenía varios ratones pálidos y una inquieta ardilla. Esta muchacha de buen corazón, compadeciéndose de la miseria de Sapo, dijo un día a su padre:

—¡Padre! No soporto ver a ese pobre animal tan infeliz y tan flaco. Deja que yo me ocupe de él. Sabes cuánto me gustan los animales. Haré que coma de mi mano, que se siente y que haga todo tipo de cosas.

Su padre le contestó que podía hacer con él lo que quisiera. Estaba cansado de Sapo, de sus berrinches, de sus aires y de su mezquindad. Así que ese día fue en su misión de misericordia, y llamó a la puerta de la celda de Sapo.

—Anímate, Sapo —le dijo, persuasiva, al entrar—, siéntate, sécate los ojos y sé un animal sensato. Y trata de comer

un poco. Mira, te he traído un poco de comida, ¡caliente del horno!

Era de col y papas, entre dos platos, y su fragancia llenaba la estrecha celda. El penetrante olor de la col llegó a la nariz de Sapo mientras yacía postrado en su miseria en el suelo, y le hizo pensar por un momento que tal vez la vida no era algo tan vacío y desesperado como había imaginado. Pero seguía gimiendo, pataleando y negándose a que lo consolaran. Así que la sabia muchacha se retiró por un momento, pero, por supuesto, una buena cantidad de olor a col caliente se quedó atrás, como suele suceder, y Sapo, entre sus sollozos, olfateó y reflexionó, y poco a poco comenzó a tener nuevos e inspiradores pensamientos: de caballería, poesía y hazañas aún por hacer; de amplios prados y ganado pastando en ellos, rastrillados por el sol y el viento; de huertas y rectos cercados de hierbas y cálidas bocas de dragón acosados por las abejas; y del reconfortante tintineo de los platos puestos sobre la mesa en el Salón de Sapo, y el roce de las patas de las sillas en el suelo cuando cada uno se acercaba a su plato. El aire de la estrecha celda adquirió un tinte rosado; empezó a pensar en sus amigos, y en cómo seguramente podrían hacer algo; en los abogados, y en cómo habrían disfrutado con su caso, y en lo imbécil que había sido al no haber conseguido unos cuantos; y, por último, pensó en su propia gran astucia e ingenio, y en todo lo que era capaz de hacer si tan sólo pusiera su gran mente en ello; y la curación fue casi completa.

Cuando la muchacha regresó, algunas horas más tarde, llevaba una bandeja con una taza de aromático té humeante y un plato lleno de tostadas con mantequilla muy calientes, cortadas gruesas, muy doradas por ambos lados, con la mantequilla corriendo por los agujeros en grandes gotas doradas, como la miel del panal. El olor de aquellas tostadas con mantequilla simplemente le hablaba a Sapo, y no con voz insegura; le hablaba de cocinas cálidas, de desayunos en mañanas brillantes y heladas, de acogedoras chimeneas de salón en las tardes de invierno, cuando uno había terminado su excursión y tenía los pies resbaladizos apoyados en el guardabarros; del ronroneo de gatos satisfechos y del gorjeo de canarios soñolientos. Sapo volvió a sentarse, se secó los ojos, bebió un sorbo de té y comió una tostada, y pronto empezó a hablar libremente de sí mismo, de la casa en que vivía y de lo que hacía allí, de lo importante que era y de lo mucho que sus amigos pensaban de él.

La hija del carcelero vio que el tema le estaba sentando tan bien como el té, y así fue, y le animó a continuar.

—Háblame del Salón de Sapo —dijo—, suena precioso.

—Salón de Sapo —dijo Sapo orgullosamente—, es una residencia independiente para caballeros, única en su género; data en parte del siglo XIV, pero está repleta de todas las comodidades modernas. Saneamiento actualizado. A cinco minutos de la iglesia, la oficina de correos y los campos de golf, adecuada para...

—Bendito sea el animal —dijo la chica, riendo—, no te creo. Cuéntame algo de verdad. Pero primero espera que te traiga más té y tostadas.

Ella se alejó a los tropezones, y al poco rato regresó con una nueva bandeja; y Sapo, zampándose la tostada con avidez, con el ánimo bastante restablecido a su nivel habitual, le habló del cobertizo para botes, y del estanque para peces, y del viejo huerto amurallado; y de las pocilgas, de los establos, del palomar y del gallinero; y sobre la lechería, el lavadero, los armarios de porcelana y las prensas de lino (le gustaba especialmente esa parte); y sobre el salón de banquetes y lo bien que se lo pasaban allí cuando los otros animales estaban reunidos alrededor de la mesa y Sapo estaba en su mejor momento, cantando canciones, contando historias, en general. Luego quiso saber de sus amigos los animales y se interesó mucho por todo lo que él le contaba sobre ellos, cómo vivían y qué hacían para pasar el tiempo. Por supuesto, no le dijo que le gustaban los animales como mascotas, porque sabía que Sapo se ofendería mucho. Cuando ella le dio las buenas noches, después de haberle llenado la jarra de agua y sacudido la paja, Sapo volvió a ser el mismo animal sanguíneo y satisfecho de sí mismo de antes. Cantó una o dos canciones, como las que solía cantar en sus cenas, se acurrucó en la paja y tuvo una excelente noche de descanso y los sueños más placenteros.

Después de eso tuvieron muchas charlas interesantes, a medida que pasaban los monótonos días; y la hija del carcelero se compadeció mucho de Sapo, y pensó que era una gran vergüenza que un pobre animalito estuviera encerrado en prisión por lo que a ella le parecía un delito muy trivial. Sapo, por supuesto, en su

vanidad, pensó que el interés de ella por él procedía de una creciente ternura; y no pudo evitar lamentar a medias que el abismo social entre ellos fuera tan grande, porque ella era una muchacha atractiva y evidentemente lo admiraba mucho.

Una mañana, la muchacha estaba muy pensativa y contestaba al azar, y a Sapo le parecía que no prestaba la debida atención a sus ocurrentes dichos y chispeantes comentarios.

—Sapo —dijo ella—, escucha, por favor. Tengo una tía que es lavandera.

—Bueno, bueno —dijo Sapo amable y afablemente—, no importa; no pienses más en eso. Tengo varias tías que deberían ser lavanderas.

—Cállate un momento, Sapo —dijo la muchacha—. Hablas demasiado, ese es tu principal defecto, y yo estoy intentando pensar y me haces daño a la cabeza. Como te decía, tengo una tía que es lavandera; ella lava la ropa de todos los prisioneros de este castillo; tratamos de mantener en la familia cualquier negocio remunerado de ese tipo, como comprenderás. Saca la ropa los lunes por la mañana y la trae los viernes por la tarde. Esto es un jueves. Esto es lo que se me ocurre: tú eres muy rico, al menos siempre me lo dices, y ella es muy pobre. Unas pocas libras no harían ninguna diferencia para ti, y significarían mucho para ella. Ahora bien, creo que si se la abordara adecuadamente (justamente, creo que esa es la palabra que usan ustedes los animales), podrías llegar a algún arreglo por el cual ella te dejara su vestido y su bonete y demás, y tú podrías escapar del

castillo como la lavandera oficial. Son muy parecidos en muchos aspectos, sobre todo en la figura.

—No lo somos —dijo Sapo con enfado—. Tengo una figura muy elegante... para lo que soy.

—También la tiene mi tía —contestó la muchacha—, para lo que es. Pero como quieras. Animal horrible, orgulloso y desagradecido. ¡cuando siento piedad por ti e intento ayudarte!

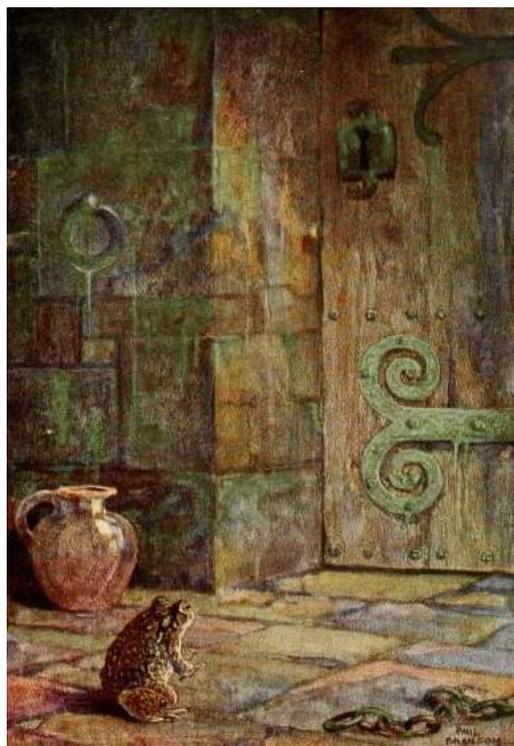
—Si, si, está bien; muchas gracias —se apresuró a decir Sapo—. Pero, ¡mira! No querrás que el Señor Sapo de Salón de Sapo vaya por el país disfrazado de lavandera.

—Entonces puedes quedarte aquí como Sapo —respondió la muchacha con mucho ánimo—. ¡Supongo que quieres irte en un coche de cuatro plazas!

El honrado Sapo siempre estaba dispuesto a reconocer que estaba equivocado.

—Eres una buena chica, amable e inteligente —dijo—, y yo soy un Sapo orgulloso y estúpido. Preséntame a tu digna tía, si eres tan amable, y no dudo de que la excelente dama y yo podremos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

A la noche siguiente, la muchacha hizo pasar a su tía a la celda de Sapo, llevando su ropa de la semana



prendida en una toalla. La anciana había sido preparada de antemano para la entrevista, y la vista de ciertos soberanos de oro que Sapo había colocado cuidadosamente sobre la mesa a la vista de todos, prácticamente completó el asunto y dejó poco más que discutir. A cambio de su dinero, Sapo recibió una bata de algodón estampado, un delantal, un chal y una cofia negra ajada; la única condición que puso la anciana fue que la amordazasen, la atasen y la dejaran tirada en un rincón. Con este artificio poco convincente, explicó, ayudada por la pintoresca ficción que ella misma podía proporcionar, esperaba conservar su situación, a pesar de la sospechosa apariencia de las cosas.

Sapo estaba encantado con la sugerencia. Le permitiría salir de la prisión con cierto estilo y con su reputación de tipo desesperado y peligroso intacta; y no dudó en ayudar a la hija del carcelero a hacer que su tía pareciese, en la medida de lo posible, víctima de circunstancias sobre las que no tenía ningún control.

—Ahora es tu turno, Sapo —dijo la muchacha—. Quítate ese abrigo y ese chaleco; ya estás bastante gordo. Temblando de risa, procedió a "engancharle" la bata de algodón estampado, le arregló el chal con un pliegue profesional y le ató los cordones de la oxidada cofia bajo la barbilla.

—Eres la viva imagen de ella —se rio—, sólo que estoy segura de que nunca antes habías tenido un aspecto tan respetable en toda tu vida. Ahora, adiós Sapo, y buena suerte. Vete derecho por donde has venido; y si alguien te dice algo, como probablemente lo harán, siendo

hombres, puedes replicar un poco, por supuesto, pero recuerda que eres una mujer viuda, completamente sola en el mundo, con un carácter que perder.

Con el corazón tembloroso, pero pisando tan firmemente como pudo, Sapo se puso en marcha con cautela en lo que parecía ser un compromiso de lo más arriesgado y descabellado; pero pronto se sorprendió gratamente al descubrir lo fácil que le resultaba todo, y se sintió un poco humillado al pensar que tanto su popularidad como el sexo que parecía inspirarlo eran en realidad los de otra persona. La figura en cucullas de la lavandera, con su familiar estampado de algodón, parecía un pasaporte para cada puerta atrancada y cada sombrío portal; incluso cuando dudaba, inseguro sobre el giro correcto que debía tomar, se encontraba con que el guardián de la puerta contigua, ansioso por irse a tomar el té, le ayudaba a salir de su dificultad, invitándole a que se acercara rápidamente y no le hiciera esperar allí toda la noche. La cháchara y las burlas humorísticas de que era objeto, y a las que, por supuesto, tenía que dar pronta y eficaz respuesta, constituían, de hecho, su principal peligro; porque Sapo era un animal con un fuerte sentido de su propia dignidad, y la cháchara era en su mayor parte (pensaba él) pobre y torpe, y el humor de las burlas totalmente inexistente. Sin embargo, mantuvo la compostura, aunque con gran dificultad, adaptó sus réplicas a su compañía y a su supuesto carácter, e hizo todo lo posible por no sobrepasar los límites del buen gusto.

Le parecieron horas antes de cruzar el último patio, rechazar las apremiantes invitaciones del último guardián y esquivar los brazos extendidos del último celador, suplicando con simulada pasión un solo abrazo de despedida. Pero, al fin, oyó el chasquido de la puerta de la gran puerta exterior a sus espaldas, sintió el aire fresco del mundo exterior en su frente ansiosa, ¡y supo que era libre!

Mareado por el fácil éxito de su atrevida hazaña, caminó rápidamente hacia las luces de la ciudad, sin saber en absoluto lo que debía hacer a continuación, sólo muy seguro de una cosa, que debía alejarse lo más rápidamente posible del barrio donde la dama que se veía obligado a representar era un personaje tan conocido y tan popular.

Mientras caminaba, pensativo, le llamaron la atención unas luces rojas y verdes un poco alejadas, a un lado de la ciudad, y le llegó al oído el sonido de resoplidos de motores y golpeteo de raíles desviados.

—¡Ajá! —pensó—. ¡Qué suerte! Una estación de ferrocarril es lo que más deseo en todo el mundo en este momento; y, mejor aún, no necesito atravesar la ciudad para conseguirla, y no tendré que apoyar a este humillante personaje con réplicas que, aunque completamente efectivas, no ayudan al sentido del respeto propio.

Se dirigió a la estación, consultó el horario y descubrió que dentro de media hora salía un tren más o menos en dirección a su casa.

—¡Más suerte! —dijo Sapo, con el ánimo por las nubes, y se dirigió a la oficina de reservas para comprar su boleto.

Dio el nombre de la estación que sabía más cercana a la aldea de la que Salón de Sapo era el rasgo principal, y mecánicamente puso sus dedos, en busca del dinero necesario, donde debería haber estado el bolsillo de su chaleco. Pero aquí intervino la bata de algodón, que noblemente había estado a su lado hasta entonces, y que él había olvidado, frustrando sus esfuerzos. En una especie de pesadilla, luchó con aquella extraña cosa que parecía sujetarle las manos, convertir en agua todos sus esfuerzos musculares y reírse de él todo el tiempo, mientras otros viajeros, formados en fila detrás de él, esperaban con impaciencia, haciendo sugerencias más o menos valiosas y comentarios más o menos rigurosos y acertados. Por fin, de alguna manera, nunca supo bien cómo, traspasó las barreras, alcanzó la meta, llegó al lugar donde se encuentran eternamente todos los bolsillos de los chalecos, y se encontró, no sólo sin dinero, sino sin bolsillo donde guardarlo, ¡y sin chaleco donde guardar el bolsillo!

Para su horror, recordó que se había dejado en la celda el abrigo y el chaleco, y con ellos la cartera, el dinero, las llaves, el reloj, las cerillas, el estuche... todo lo que hace que la vida merezca la pena, todo lo que distingue al animal de muchos bolsillos, el señor de la creación, de las producciones inferiores de uno o ningún bolsillo que saltan o tropiezan permisivamente, sin estar equipadas para la verdadera lucha.

En su desdicha, hizo un esfuerzo desesperado por llevárselo por delante y, volviendo a sus antiguos modales, una mezcla de terrateniente y universitario, dijo:

—Mira, me he dejado el monedero. Deme ese billete, ¿quiere? Yo mañana le enviaré el dinero. Soy muy conocido por aquí.

El empleado lo miró fijamente a él y a la ajada gorra negra un momento, y luego se echó a reír.

—Pensaba que era usted muy conocido por estos lados — dijo —, si ha probado este juego a menudo. Apártese de la ventanilla, por favor, señora; ¡está estorbando a los demás pasajeros!

Un viejo caballero que lo había estado pinchando por la espalda durante unos momentos lo apartó de un empujón y, lo que era peor, se dirigió a él como “mi buena mujer”, lo que enfureció a Sapo más que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido aquella noche. Desconcertado y lleno de desesperación, vagó a ciegas por el andén donde estaba parado el tren, y las lágrimas le resbalaban por cada lado de la nariz. Era duro, pensó, estar a la vista de la seguridad y casi de casa, y verse desanimado por la falta de unos miserables chelines y por la mezquina desconfianza de los empleados. Muy pronto se descubriría su fuga, se iniciaría la caza, sería apresado, ultrajado, cargado de cadenas, arrastrado de nuevo a la prisión y a pan y agua y paja; sus guardias y penas se duplicarían; y ¡oh, qué comentarios sarcásticos haría la muchacha! ¿Qué hacer? No era rápido de pies; su figura era

desgraciadamente reconocible. ¿No podría meterse bajo el asiento de un carruaje? Había visto este método adoptado por colegiales, cuando el dinero para el viaje proporcionado por los atentos padres había sido desviado a otros y mejores fines. Mientras reflexionaba, se encontró frente a la locomotora, que estaba siendo engrasada, limpiada y, en general, acariciada por su afectuoso conductor, un hombre corpulento con una aceitera en una mano y un trozo de desecho de algodón en la otra.

—¡Hola, madre! —dijo el maquinista—. ¿Cuál es el problema? No pareces particularmente alegre.

—¡Oh, señor! —dijo Sapo, llorando de nuevo—. Soy una pobre e infeliz lavandera, y he perdido todo mi dinero y no puedo pagar el boleto; y tengo que llegar a casa esta noche de alguna manera y no sé lo que voy a hacer.

¡Oh, cielos!

—Es un mal asunto —dijo el maquinista reflexivamente—. ¿Perdiste tu dinero, no puedes volver a casa, y además tienes algunos niños esperándote, me atrevo a decir?

—Los que sean —sollozó Sapo—. Y estarán hambrientos, jugando con fósforos y rompiendo lámparas, ¡pequeños inocentes! Y peleando y haciendo de todo en general.

¡Oh, cielos!

—Bueno, te diré lo que haré —dijo el buen maquinista—. Eres una lavandera para tu oficio, dices. Muy bien, eso es todo. Y yo soy maquinista, como bien puede ver, y no se puede negar que es un trabajo terriblemente sucio. Consume muchas camisas, hasta que mi señora se cansa de lavarlas. Si me lavas algunas camisas cuando llegues

a casa y me las envías, te llevaré en mi máquina. Va en contra de las normas de la compañía, pero no somos tan exigentes en estos lugares.

La desdicha del Sapo se transformó en éxtasis cuando subió ansiosamente a la cabina de la locomotora. Por supuesto, nunca había lavado una camisa en su vida, y no podría, aunque lo intentara. Y, de todos modos, no iba a empezar; pero pensó:

“Cuando llegue sano y salvo a Salón de Sapo, y vuelva a tener dinero, y bolsillos donde guardarlo, le enviaré al maquinista lo suficiente para pagar una buena cantidad de ropa lavada, y eso será lo mismo, o mejor”.

El guarda agitó su bandera de partida, el maquinista silbó en alegre respuesta, y el tren salió de la estación. A medida que aumentaba la velocidad, y Sapo podía ver a ambos lados de él campos reales, árboles, arbustos, vacas y caballos, todos volando junto a él, y mientras pensaba cómo cada minuto lo acercaba más a Salón de Sapo, a amigos comprensivos y dinero para hacer chirriar en su bolsillo, y una cama blanda para dormir, cosas buenas para comer, y alabanzas y admiración por el relato de sus aventuras y su astucia, empezó a dar saltitos y a gritar y a cantar fragmentos de canciones, para gran asombro del maquinista, que ya se había encontrado antes con lavanderas, a intervalos largos, pero nunca con una como aquélla.

Habían recorrido muchas millas y Sapo estaba ya pensando en lo que iba a cenar en cuanto llegase a casa, cuando se dio cuenta de que el maquinista, con una expresión de perplejidad en el rostro, estaba inclinado

sobre el costado de la locomotora y escuchaba atentamente. Luego lo vio subirse a las brasas y mirar por encima del tren; después regresó y le dijo a Sapo: —Es muy extraño; somos el último tren que circula en esta dirección esta noche, ¡y sin embargo juraría haber oído que otro nos seguía!

Sapo cesó de inmediato sus frívolas payasadas. Se volvió grave y deprimido, y un dolor sordo en la parte inferior de la columna vertebral, que se comunicaba con las piernas, le hizo querer sentarse y tratar desesperadamente de no pensar en todas las posibilidades.

Para entonces, la luna brillaba intensamente y el maquinista, apoyado en el carbón, podía ver la línea que tenían detrás a gran distancia.

De pronto gritó:

—¡Ahora lo veo claramente! Es una locomotora, sobre nuestros rieles, que viene a gran velocidad. Parece como si nos persiguiera.

El miserable Sapo, agazapado en el polvo de carbón, se esforzaba por pensar en algo que hacer, con triste falta de éxito.

—¡Nos están alcanzando rápidamente! —gritó el maquinista. Y la locomotora está atestada de gente de lo más extraña. Hombres como antiguos guardias, agitando alabardas; policías con sus cascos, agitando porras; y hombres mal vestidos con sombreros, detectives de paisano obvios e inconfundibles incluso a esta distancia, agitando revólveres y bastones; todos agitando, y todos gritando lo mismo:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

Entonces Sapo cayó de rodillas entre las brasas y, levantando las patas juntas en señal de súplica, gritó:

—¡Sálveme! ¡Sólo sálveme, querido y amable señor maquinista, y lo confesaré todo! ¡No soy la simple lavandera que parezco ser! No tengo hijos que me esperen, inocentes o no. Soy un sapo, el conocido y popular señor Sapo, un terrateniente; acabo de escapar, por mi gran audacia y astucia, de una repugnante prisión a la que me habían arrojado mis enemigos; y si esos tipos de esa locomotora me vuelven a capturar, ¡habrá cadenas y pan, agua, paja y miseria una vez más para el pobre, infeliz e inocente Sapo!

El maquinista lo miró con severidad y dijo:

—Dígame la verdad, ¿por qué lo metieron en la cárcel?

—No fue gran cosa —dijo el pobre Sapo, coloreándose profundamente—. Sólo tomé prestado un coche mientras los dueños estaban almorzando; no lo necesitaban en ese momento. No era mi intención robarlo, en realidad; pero la gente, especialmente los magistrados, tiene una opinión muy dura de las acciones irreflexivas y altaneras.

El maquinista lo miró con severidad y dijo:

—Me temo que ha sido un sapo malvado, y por derecho debería entregarte a la justicia. Pero es evidente que está usted en graves apuros, así que no lo abandonaré. No me gustan los coches de motor, por un lado; y no me gusta que la policía me dé órdenes cuando voy en mi propio tren, por otro. Y ver a un animal llorando siempre me hace sentir raro y blando de corazón. ¡Así que

anímate, Sapo! Haré lo que pueda, ¡y puede que les ganemos!

Amontonaron más carbón, paleando furiosamente; el horno rugía, las chispas saltaban, el motor saltaba y se balanceaba, pero sus perseguidores seguían avanzando lentamente. El maquinista, con un suspiro, se secó la frente con un puñado de algodón y dijo:

—Me temo que no sirve de nada, Sapo. Verás, van ligeros y tienen el mejor motor. Sólo nos queda una cosa por hacer, y es tu única oportunidad, así que presta mucha atención a lo que te digo. A poca distancia delante de nosotros hay un largo túnel, y al otro lado de él la línea pasa a través de un espeso bosque. Ahora, voy a poner toda la velocidad que pueda mientras atravesamos el túnel, pero los otros compañeros reducirán un poco la marcha, naturalmente, por miedo a un accidente. Cuando hayamos pasado, cortaré el vapor y frenaré tan fuerte como pueda, y en el momento en que sea seguro hacerlo debes saltar y esconderte en el bosque, antes de que pasen por el túnel y te vean. Entonces volveré a ir a toda velocidad, y podrán perseguirme si quieren, todo el tiempo que quieran, y tan lejos como quieran. ¡Ahora presta atención y prepárate para saltar cuando te lo diga!

Amontonaron más carbón, y el tren se metió en el túnel y la locomotora corrió y rugió y traqueteó, hasta que por fin salieron disparados al otro extremo, al aire fresco y a la pacífica luz de la luna, y vieron el bosque oscuro y servicial a ambos lados de la línea. El maquinista cortó el vapor y puso los frenos, sapo bajó al

escalón, y cuando el tren aminoró la marcha hasta casi caminar, oyó que el maquinista gritaba:

—¡Ahora, salta!

Sapo saltó, rodó por un corto terraplén, se levantó ileso, se metió en el bosque y se escondió.

Al asomarse, vio que su tren recuperaba velocidad y desaparecía a gran velocidad. Entonces salió del túnel la locomotora perseguidora, rugiendo y silbando, con su variada tripulación agitando sus diversas armas y gritando:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

Cuando pasaron, sapo soltó una carcajada, por primera vez desde que lo habían metido en la cárcel.

Pero pronto dejó de reír cuando se dio cuenta de que ya era muy tarde, estaba oscuro y hacía frío, y él se encontraba en un bosque desconocido, sin dinero y sin posibilidad de cenar, y aún lejos de sus amigos y de su hogar; el silencio sepulcral de todo, después del estruendo y el traqueteo del tren, era algo así como un shock. No se atrevía a abandonar el abrigo de los árboles, así que se internó en el bosque con la idea de dejar atrás el ferrocarril en la medida de lo posible.

Después de tantas semanas entre muros, el bosque le resultaba extraño y poco amistoso, e inclinado, pensaba, a burlarse de él. Las chotacabras, con su traqueteo mecánico, le hicieron pensar que el bosque estaba lleno de guardianes que le acechaban. Un búho, acercándose a él en picada y sin hacer ruido, le rozó el hombro con el ala, haciéndole saltar con la horrible certeza de que se trataba de una mano; luego se alejó volando, como

una polilla, riendo en voz baja, lo que a Sapo le pareció de muy mal gusto. Una vez se encontró con un zorro, que se detuvo, lo miró de arriba abajo con aire sarcástico y le dijo:

—¡Hola, lavandera! Esta semana me han faltado medio par de calcetines y una funda de almohada. Ten cuidado de que no vuelva a ocurrir —y se marchó riéndose a carcajadas.

Sapo buscó a su alrededor una piedra para arrojársela, pero no logró encontrar ninguna, lo que lo irritó más que nada. Finalmente, con frío, hambre y cansancio, buscó el refugio de un árbol hueco, donde con ramas y hojas muertas se hizo una cama lo más cómoda que pudo, y durmió profundamente hasta la mañana siguiente.